

ENTRE LO MATERIAL Y LO SIMBÓLICO: EL JUEGO DE LA DISTINCIÓN SOCIAL EN BOURDIEU

ALBERTO RIELLA

Introducción

El contexto actual de la reflexión sociológica parece estar marcado por la emergencia de una multiplicidad de autores contemporáneos cuyos aportes habían quedado opacados por la intensidad de la disputa teórica entre los marxismos y las distintas variantes del estructural funcionalismo durante el período de la guerra fría. La lógica de este enfrentamiento hacía que cualquier aporte novedoso quedara inevitablemente subsumido en esa polémica. Hoy, con el agotamiento de esta polémica, han tomado renovado interés autores que intentaron verter en un modelo conceptual las tradiciones clásicas de la teoría sociológica. Estos autores intentan, desde distintos ángulos y con énfasis diferentes, superar las oposiciones, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la estructura y el sujeto y entre lo teórico y lo empírico. Entre estos autores se destacan, entre otros, Giddens, Alexander, Elster y Bourdieu.

Partiendo de este nuevo “ambiente” intelectual, nos proponemos en este trabajo presentar una síntesis comentada de los conceptos de *espacio social* y *espacio simbólico* construidos por Pierre Bourdieu a partir de su investigación sobre las *Determinaciones Sociales del Gusto* y la *Dinámica de la Distinción Social*. Para alcanzar tal objetivo, debemos primero referirnos brevemente al contexto en el cual surge el pensamiento del autor, a su concepción relacional del mundo social y a sus nociones más abstractas tales como las de *habitus*, *campo* y *capital*.

Los orígenes del postestructuralismo de Bourdieu

Para lograr una mejor comprensión de la propuesta teórica del autor, es necesario situarla en torno a los debates en que ella emerge. Desde sus primeros trabajos, el autor entabla un debate con las principales corrientes de las ciencias sociales francesas de la década del 70 que marcará el resto de su obra. Entabla así un debate con las corrientes estructuralistas de Lévi-Strauss y Saussure, con el marxismo althusseriano, con el existencialismo de Sartre y también con el individualismo metodológico de Boudon.

Bourdieu, que se ha formado en filosofía, incorporará en su propuesta teórica aportes de las tres corrientes clásicas de la sociología. Retomará los postulados durkheimianos acerca de la especificidad de los fenómenos sociales, incorporará la idea weberiana de que el mundo social tiene esferas autónomas que poseen su propio sistema de jerarquías y se inspirará en las *Tesis sobre Feuerbach* buscando recrear la idea de que el ser social determina la conciencia social. Uno de los objetivos más relevantes de su propuesta será el intento de unir en un único momento estas dos dimensiones de la realidad haciendo suyos los postulados epistemológicos de Bachelard.

Se opondrá así al marxismo argumentando que éste disocia dichos momentos a través de la idea metafórica de la estructura y de la superestructura, considerando “en última instancia” la primacía de la primera de ellas, y transformando de hecho a la conciencia social

en mero reflejo de la estructura. Para superar esta separación su búsqueda se orientará, como veremos más adelante, a poner énfasis en la relación entre esos dos momentos, —material y simbólico— en la construcción social de la realidad.

Por otra parte, al mismo tiempo, busca romper con los principios estructuralistas respecto de los cuales afirma que "*pensaban el mundo social como un espacio de relaciones objetivas trascendentes con relación a los agentes, e irreductible a las interacciones entre los individuos*" (Bourdieu 1993:18). El autor desecha la idea de que éstos constituyen un simple epifenómeno de la estructura y se propondrá reintroducir a los agentes sociales como constructores de las estructuras que estructuran su acción. Para Bourdieu, Saussure y el estructuralismo tenían una orientación mecanicista que concebía la práctica como una simple ejecución ante la cual él intentará reaccionar. El autor señala que su intención, muy próxima a la de Chomsky, «era dar una intención activa, inventiva, a la práctica, insistiendo sobre las capacidades generativas de las disposiciones, en el entendido de que se trataba de disposiciones adquiridas, socialmente construidas». (Bourdieu 1993:25)

Aunque en la postura estructuralista Bourdieu identificará el momento objetivo de la realidad social, no se conformará con esa explicación ya que la misma no permite encontrar las verdaderas causas y razones de las prácticas. Las descripciones objetivas —estadísticas, encuestas, diagramas, genealogías— las considera ajustadas e inevitables, como un momento del procedimiento científico. A pesar de ello, no se puede olvidar la otra relación posible con el mundo social, la de los agentes realmente comprometidos. Es necesario hacer por tanto una teoría de estas relaciones no teóricas, parciales, «*un poco más a ras de la tierra*», rescatando desde esta perspectiva los aportes del interaccionismo simbólico (Bourdieu 1993:24-26).

Para explorar esta otra relación posible con el mundo social, y demostrar que hay una dimensión que el análisis estructuralista pierde de vista, toma como ejemplo el de los intercambios matrimoniales en las tribus Kabilas, en

las que realizó sus primeros estudios de campo. En estas tribus encuentra que las prácticas rituales son fruto de un sentido práctico generado por las disposiciones adquiridas en la experiencia y por lo tanto variables según los lugares y los momentos. Este «*sens du jeu*» es lo que permite engendrar una infinidad de prácticas adaptadas a la infinidad de situaciones posibles que ninguna regla, por compleja que sea, puede prever (Bourdieu 93: 22).

Con estos argumentos, el autor también realizará críticas a la teoría de la acción racional y del individualismo metodológico. Dichas teorías establecen, básicamente que el principio inicial del análisis sociológico debe tomar por objeto primero de observación, por unidad de referencia, al individuo, y extraer de allí todas las consecuencias sociológicas de este principio inicial. Bourdieu sostiene en contra de esta noción, que las acciones pueden estar orientadas a fines sin estar conscientemente dirigidas a ellos. Por intermedio de un *habitus* generador de sentido práctico la acción se guía por una intuición del juego que tiene todas las apariencias de la acción racional que diseñaría un observador imparcial, dotado de toda la información útil y capaz de dominarla racionalmente. Sin embargo, las condiciones del cálculo racional casi nunca están dadas en la práctica: el tiempo es corto, la información limitada. A pesar de esto, los agentes hacen mucho más que si procedieran al azar, porque se abandonan a las intuiciones de su sentido práctico. La teoría de la acción racional es el punto de vista de un observador externo, pero no es la que explica la práctica misma (Bourdieu 93:23 y Ansart 92:77). En esta misma dirección, otra preocupación del autor es como el mismo señala "(...) *recordar que la capacidad creadora, activa e inventiva del agente no es la de un sujeto trascendental de la tradición idealista, sino la de un agente actuante.*" (Bourdieu 1993:25)

En la búsqueda por la superación de estas teorías, se enfrentará también con las antinomias tradicionales subjetivismo/objetivismo, simbólico/material, teoría/empiría, macro/micro, estructuralismo/constructivismo. A lo largo de

su trayectoria intelectual irá forjando los procedimientos teórico-metodológicos que le permitan develar estas falsas oposiciones, adoptando una epistemología postcartesiana, relacional, que le permitirá superar la distinción entre sujeto y objeto, distinción que se encuentra en la base de estas antinomias. Con la adaptación de los presupuestos bachellarianos a las ciencias sociales, en el *Oficio del sociólogo*, busca romper esas falsas distinciones que considera uno de los principales obstáculos para la elaboración de una sociología científica. Para el autor, estas oposiciones comunes, que Bachellard llama de pares epistemológicos, son construidas por la realidad social y son irreflexivamente usadas para pensar la realidad social, impidiendo captarla adecuadamente.

Mientras que para los objetivistas los agentes pueden ser clasificados como casos mediante una ruptura con las pre-nociones y las clasificaciones subjetivas, para los subjetivistas los agentes construyen la realidad social y no pueden ser tratados como cosas ya que justamente son su subjetividad y sus clasificaciones las que constituyen lo social. Para Bourdieu, esta es una falsa oposición ya que en su concepción los agentes son a la vez «clasificados y clasificadores», destacando que los mismos clasifican de acuerdo a sus posiciones en el espacio social. Este presupuesto muestra la relación entre las posiciones objetivas y las percepciones del mundo, desprendiéndose de él la noción de punto de vista, central en el abordaje relacional de la sociedad. Como el autor lo indica «*El punto de vista es una perspectiva, una visión subjetiva parcial (momento subjetivo); pero al mismo tiempo es una visión, una perspectiva tomada desde un punto, desde una determinada posición en un espacio social objetivo (momento objetivo)*» (Bourdieu 1994:8). En esta noción ya encontramos un primer momento de síntesis entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la estructura y el agente, que más adelante profundizaremos. El mundo social, la realidad social, estaría siempre en «relación» al lugar del que se observa. Por tanto, lo real siempre incluye un punto de vista, un lugar del cual se observa, que forma así parte de él, en tanto que no existe sin ese punto de vista.

Para llegar a este planteo, el mismo Bourdieu introduce la idea de *habitus* como mediador de ambos momentos. Con este concepto construirá una teoría de la práctica recuperando la vieja idea escolástica de *habitus*, que enfatiza la dimensión de un aprendizaje del pasado y que considera al hábito como un *modus operandi*, como cierta forma de hacer las cosas que se repite en forma no consciente. El autor reinterpreta esta noción en el debate con el estructuralismo y el subjetivismo, definiéndola como un «*sistema de disposiciones durables, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, esto es, como principios que generan y estructuran las prácticas y las representaciones que pueden ser objetivamente «reglamentadas» y «reguladas» sin que por eso sean el producto de obediencia a reglas, objetivamente adaptadas a un fin, sin que se tenga necesidad de un proyecto consciente de ese fin, pero siendo, al mismo tiempo, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadas de un maestro.*» (Bourdieu 85:78) En esta perspectiva cada agente, más allá de su voluntad, es productor y reproductor del sentido objetivo porque sus acciones y sus obras son producto de un *modus operandi* del que él no es el productor y del cual no posee el dominio consciente. Las acciones encierran, pues, una «intención objetiva» que ultrapasa siempre las «intenciones conscientes». La acción se ejerce sin una obediencia a reglas o una previsión consciente de las metas a ser alcanzadas. Con esta concepción de la práctica rompe simultáneamente con la tradición weberiana del sentido mentado de la acción y con el fundamento durkheimiano de la coerción de las normas sociales.

Cuando se considera que las prácticas se traducen en una estructura estructurada predispuesta a funcionar como estructura estructurante se explicita que la noción de *habitus* no solamente se aplica a la interiorización de normas y valores, sino que además incluye sistemas de clasificación que preexisten (lógicamente) a las representaciones sociales. El *habitus* presupone un conjunto de «esquemas generativos» que presiden las elecciones, las que se reportan a un «sistema

de clasificaciones» que es anterior a la acción (formador de los puntos de vista sobre el mundo). El habitus se sustenta, pues, a través de «esquemas generativos» que por un lado anteceden y orientan la acción y por otro están en el origen de otros «esquemas generativos» que predicen la percepción del mundo en cuanto conocimiento previo (Ortiz 85:16).

De este modo, allí donde todos hablan de reglas, de modelos, de tipos, de estructuras, de acción racional, Bourdieu hablará de habitus y sentido práctico. La noción de habitus le permite unir los dos momentos de la realidad social a través del propio agente y se transforma en el concepto llave que le permite construir su abordaje postestructuralista. Como resultado de esto para Bourdieu las relaciones de clase, que no son únicamente relaciones económicas, son simultáneamente relaciones de fuerza y de sentido que el habitus permite visualizar como formas permanentes de interiorización de la exterioridad y de exteriorización de las subjetividades (Ansart 1992:167-168). Desde este punto de vista, se puede sostener que no hay nada más objetivo que la subjetividad, en tanto ella expresa la visión del mundo que tiene un agente desde la posición que ocupa.

En la medida en que los sistemas de clasificación son engendrados por las condiciones sociales y que la estructura objetiva de la distribución de los bienes materiales y simbólicos se da de forma desigual, toda elección tiende a reproducir las relaciones de dominación. Así, la lucha de clases puede ser «leída» a través del estilo de vida de las diferentes clases y grupos sociales.

Avanzando en este sentido, el autor introducirá el concepto de campo que, junto al de habitus, conforman los conceptos de mayor nivel de generalidad de su teoría, para poner énfasis en la idea de la pluralidad de los aspectos constitutivos de la vida social, planteo éste que retoma de Weber. El mundo social puede ser dicho y construido de diferentes modos según diferentes principios de visión y división. Con la noción de campo se desconstruye la noción de totalidad de lo social y afirma que «(...) la pluralidad de las lógicas que corresponden a los

diferentes mundos, es decir a los diferentes campos como lugares donde se constituyen los sentidos comunes, los lugares comunes, los sistemas de tópicos irreductibles los unos a los otros.» (Bourdieu 93:32)

El concepto de campo sirve como una guía en las investigaciones y permite desplegar todas las relaciones implícitas en un fenómeno o espacio social determinado. *«Pensar en forma de campo es pensar en términos de relaciones. En términos analíticos, un campo puede identificarse con una red o con configuraciones de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en la determinación que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o capital), cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo.»* (Bourdieu 96:64)

Los participantes de un campo comparten las reglas de ese juego que no es una creación deliberada, que no se explicita o codifica: los agentes comparten el sentido del juego, el illusio, que hace que surjan los antagonismos ya que los jugadores se comprometen con él sintiendo que el juego vale la pena de ser jugado. En las sociedades altamente diferenciadas, el mundo social está constituido por el conjunto de estos microcosmos sociales relativamente autónomos, espacios de relaciones objetivas que forman la base de una lógica y una necesidad específicas, que son irreductibles a las que rigen los demás campos (Bourdieu 96:64-65).

Para comprender la diferenciación y autonomización de los campos es necesario detenernos en el concepto de capital. El término capital recoge su acepción tradicional que designa al capital económico, el que se hereda y se adquiere, se acumula y se atesora. Pero Bourdieu encontrará otros tipos de capital que tienen estas mismas características y a los cuales dedicará buena parte de su obra: el capital cultural, el capital social y, una forma particular, el capital simbólico. Este es considerado como la forma que revisten los diferentes espacios de

capital una vez que son percibidos y reconocidos como legítimos. Así, por capital entiende Bourdieu toda energía social susceptible de producir efectos, susceptible de ser usada, consciente o inconscientemente, a modo de instrumento en las competencias sociales. Por tanto la definición de capital es muy amplia y será preciso considerar en él todas las propiedades que los agentes hacen intervenir en sus prácticas (Ansart, 92: 100-103).

Desde este punto de vista, no sólo la lucha por la apropiación del capital económico sino la lucha por la apropiación de todos estos capitales configuran las luchas de clases de una sociedad. Por esta misma razón, tampoco existe un escenario privilegiado de esas luchas, sino que se dan en todo los espacios y dimensiones del mundo social, hasta los más insospechados, como lo demostrará en "*La distinción*".

La distinción social: relación entre el espacio social y el espacio simbólico

Para mostrar la utilidad de este abordaje de la realidad social Bourdieu elaborará la construcción de sus objetos de investigación a partir de fenómenos sociales en apariencia insignificantes. Uno de los temas más destacados en este sentido es la investigación que llevó a cabo acerca de la Distinción y la Determinación Social de los Gustos. En este trabajo logrará poner de manifiesto la existencia de relaciones de dominación y de lucha presentes en las diversas esferas de consumo de bienes materiales y simbólicos en las cuales los agentes se esfuerzan por distinguirse, recreándose de este modo las diferencias y los límites entre las clases.

Por otra parte, la elección del tema del gusto es también una «provocación» y una crítica al individualismo universalista. De manera similar a Durkheim cuando analiza el suicidio, demostrará, al contrario de lo que indica el sentido común, que esta no es una temática sólo reducible a un análisis centrado únicamente en el individuo, sino que, por el contrario, este es un fenómeno socialmente determinado.

En el diseño de la investigación se construirá un momento objetivo de la realidad social,

que Bourdieu denomina espacio social, y un momento subjetivo, el espacio de las representaciones simbólicas, que será analizado a través de los gustos culturales y de los estilos de vida. Los resultados de la investigación mostrarán como ambos momentos forman una unidad relacional, que se expresa en las prácticas y en el poder simbólico (Bourdieu et. Wacquant 95: 17-19).

Analicemos en qué consiste el *espacio social*. En el pensamiento del autor, que concibe lo real como lo relacional, la realidad social consiste en un conjunto de relacionamientos constantes en un espacio de posiciones externas unas a las otras y definidas por su distancia relativa, que frecuentemente son invisibles, porque son oscurecidas por las realidades de sentido de experiencia cotidiana. En esta perspectiva es que se sostiene la existencia de un momento objetivo, que representa la realidad social de la que habla la sociología objetiva de Durkheim y, en cierta manera, también Marx. De esta forma puede afirmarse que los agentes están distribuidos en las posiciones de todo el *espacio social*, en una primera dimensión de acuerdo al volumen global de capital que poseen, en una segunda dimensión de acuerdo a la composición de sus capitales, al peso relativo de su capital total en las varias formas de capital (especialmente económico y cultural) y en una tercera de acuerdo a sus trayectorias, esto es, la evolución en el tiempo del volumen total de sus capitales y las variaciones en su composición interna (Bourdieu 94:10).

Para Bourdieu, una primera tarea de las Ciencias Sociales, es construir este espacio que nos permita explicar y predecir las mayores cantidades posibles de diferencias observadas entre los individuos. Esto es, determinar los principios de diferenciación básicos necesarios o suficientes para explicar o predecir la totalidad de las características observadas en un determinado grupo de individuos.

Esta elaboración conduce a la determinación de una posición objetiva en el espacio social que es una posición relativa a las demás posiciones y que conforma un sistema multidimensional de coordenadas. En su investigación,

llega a representar gráficamente el espacio social y sus posiciones, como se puede ver en la gráfica del anexo, utilizando todo el arsenal metodológico de la sociología objetiva. Según Bourdieu, como ya vimos, los agentes que ocupan posiciones cercanas en este espacio son colocados en condiciones semejantes de existencia y por ello están sujetos a similares factores de condicionamiento. Aquellos que ocupan posiciones cercanas y tienen la misma trayectoria tenderán a tener el mismo *habitus* y por tanto un similar comportamiento. Asimismo, los agentes no tienen una posición estática o sustancialista, las posiciones son intrínsecamente relacionales y se definen en función de las posiciones que ocupan los otros. Una posición aislada no tienen ningún significado social, solamente asume significado cuando la ubicamos en un sistema de relaciones. Los agentes así ubicados en el espacio social adquieren también disposiciones que implican un ajustamiento a su posición, un «sentido del lugar de sí mismo» que es al mismo tiempo un «sentido del lugar de los otros» (conceptos también utilizados por Goffman). Estos elementos conforman la esfera del momento objetivo en el análisis del autor que procura mostrar las condiciones y condicionamientos de las formas materiales de existencia, pero expuestas de modo relacional, en función de las diferentes combinaciones de capital y de la trayectoria de posiciones de cada agente.

La segunda instancia de su diseño busca rescatar el momento subjetivo que incluye la representación que los agentes tienen del mundo social y la contribución que hacen a la construcción de la visión del mundo y, en consecuencia, a la visión real del mundo. Este momento subjetivo permite considerar el trabajo simbólico que los agentes realizan para fabricar los grupos sociales y definir sus identidades sociales a través de un trabajo interminable de representación por el cual tratan de imponer sus propias visiones del mundo. Esto lleva a postular a Bourdieu que «la verdad del mundo social es objeto de luchas», una lucha que se lleva adelante principalmente en este espacio de representación simbólico y donde los agentes están desigualmente armados para imponer su verdad.

Por tanto, los pre-conceptos, subjetivismos e ideologías que la ruptura objetivista abandona para construir el espacio objetivo, Bourdieu los reincorpora para el análisis del espacio simbólico, como lo hace con los gustos y los estilos de vida en el análisis de *La distinción*. De aquí se desprende entonces el reconocimiento, como ya lo hemos señalado, de la existencia de una pluralidad de visiones y divisiones que son diferentes y aún antagónicas, que dependerán del *habitus* y de los campos en los cuales los agentes se ubiquen. En otras palabras, el espacio de diferenciación social —en relación a los capitales y trayectorias— encuentra expresión en un espacio simbólico de distinciones visibles, de signos distintivos, que son de esa manera símbolos de las diferenciaciones objetivas entre las posiciones del espacio social. Sin embargo, los agentes no realizan un análisis «objetivo» para darse cuenta de las diferencias. «*Para los agentes dotados con las categorías de percepción pertinentes las posiciones sociales son inmediatamente discriminables a través de sus manifestaciones viables.*» (Bourdieu 91: 78) Pero, como mostrará el autor, estas manifestaciones no son estáticas, están en permanente cambio y en las posiciones intermedias del espacio social crece la indeterminación y la nebulosa entre prácticas y posiciones lo que hace que las estrategias simbólicas se sitúan en un espacio más abierto.

La investigación de Bourdieu sobre los gustos demostrará, utilizando una abrumadora información empírica, que la distinción es una práctica social incesante de diferenciación y separación entre las clases y fracciones de clase que actúan en el espacio social y en los diversos campos de una sociedad. El objetivo de la investigación consiste en poner de manifiesto que los gustos y estilos de vida, que en apariencia sólo deberían responder a variables individuales y no tener mayor efecto en la prácticas de las clases sociales, son uno de los terrenos principales de la lucha de clases. A través de su análisis extrema las relaciones de estas prácticas y muestra cómo el objeto último de estas luchas de distinción es la conquista de la legitimación y

que por alejadas que estas luchas simbólicas aparezcan, el sistema de distinciones y rechazos recrea y renueva la dominación, poniendo de manifiesto formas de violencia social “por las buenas”, sin enfrentamientos aparentes.

La investigación busca poner en evidencia el hecho de que los gustos están socialmente determinados, dividiéndolos en dos áreas: los referidos a los consumos culturales y los referidos a los estilos de vida. Como ya lo dijimos toda su tesis se opone radicalmente a la visión dominante que considera al gusto y sobre todo al “buen gusto” como un don individual y se empeña en buscar sus determinantes sociológicas. Según el autor *«La dialéctica de las expectativas subjetivas y de las oportunidades opera por doquier en el mundo social y, las más de las veces, tiende a asegurar el ajuste de las primeras a las segundas.»* (Bourdieu 95 :90) Esto es lo que le permite afirmar que las estrategias que llevan adelante los individuos aislados, que tienen la característica de parecer coordinadas de manera espontánea, y que sólo se perciben en conjunto de manera estadística, juegan un papel determinante en la recreación de las distancias sociales tanto simbólicas como materiales (Bourdieu 1996:22).

Los gustos culturales

Para poder desarrollar plenamente las intrincadas relaciones sociales en que se encuentran insertos el gusto y los consumos culturales, Bourdieu plantea que hay que ir más allá de las relaciones entre el gusto y la educación. Es preciso analizar la relación entre el capital cultural, la forma en que se adquiere y el origen social. Si no se despliegan adecuadamente estas relaciones no es posible comprender cabalmente las conexiones existentes entre estos aspectos y las determinantes sociales del gusto.

A partir de una encuesta realizada en la década del 60, se analizan las prácticas culturales y los estilos de vida mediante la naturaleza de los bienes consumidos y el modo en que se consumen, analizando desde los campos más legítimos, como la pintura y el arte, hasta los más libres como el vestido, la cocina y el mobiliario

del hogar (Bourdieu 91:9-23). En función de esta información Bourdieu demostrará cómo las prácticas culturales y sus disposiciones varían según los agentes y los campos, en función primero del capital escolar (titulación) y secundariamente con el origen social. En el estudio demostrará que cuando el capital escolar es equivalente, el peso del origen social en el sistema explicativo de las prácticas culturales se acrecienta, sobre todo a medida que nos alejamos de los campos más legítimos.

Divide el universo de los gustos singulares en tres sub-universos: el gusto legítimo, es decir el gusto por las obras de arte legítimas (aquellas que para los críticos y estetas son las más legítimas entre las obras de arte o en vías de legitimación como el cine y el jazz). Luego, el gusto medio que reúne las obras de los artes llamados menores y que es más frecuente en las clases medias o en las fracciones intelectuales de la clase dominante. Por último, el gusto popular asociado a la música ligera, o música desprovista de ambición artística, que encuentra su frecuencia máxima entre las clases populares y varía en razón inversa al capital cultural.

Con el análisis de los datos, Bourdieu concluye que no existe consumo más “enclasanté” que el de las obras de arte, que no existe nada que permita tanto afirmar la propia clase como los gustos musicales. Estos consumos de carácter «espiritual» permiten la negación del mundo y del espacio social. Con la investigación muestra que lo que se está valorando socialmente en esas prácticas es también las formas en que se adquieren los conocimientos artísticos que se logran mediante prácticas que implican la asistencia a conciertos, aprendizaje de instrumentos nobles, etc.

No existe pues, nada que distinga de forma tan rigurosa a las diferentes clases como la disposición objetivamente exigida por el consumo de obras de arte legítimas y la aptitud para adoptar un punto de vista estético sobre objetos ya contruidos estéticamente (designados a la admiración de aquellos que tienen los signos de lo admirable) y la capacidad para construir estéticamente cualquier clase de objeto. Pero esta comprobación es sólo un momento de la investigación.

Bourdieu se preguntará cómo se relacionan estas distinciones simbólicas con las formas de existencia y las posiciones en el espacio social. Para poder explorar estas relaciones analizará los valores estéticos legítimos que crean la separación.

La disposición estética (legítima) tiende a poner entre paréntesis la naturaleza y la función del objeto representado y a excluir cualquier tipo de reacción ingenua y cualquier tipo de respuesta puramente ética. Esta actitud no hace más que marcar la distancia con la necesidad propia de la existencia inmediata, con las necesidades económicas. Es una exteriorización de las condiciones de existencia caracterizadas por la superación y el aplazamiento de las necesidades económicas y por la distancia objetiva y subjetiva de la urgencia práctica, fundamento central de la distinción objetiva y subjetiva de los grupos sometidos a estas determinantes. Es una capacidad de neutralizar las urgencias ordinarias y de poner entre paréntesis los fines prácticos, construyendo de este modo *las disposiciones para una práctica sin fines prácticos*. La disposición estética no se consigue "aprender" si no es a través de una experiencia del mundo liberadora de la urgencia y de las prácticas que tienen en sí mismas su propio fin, como la contemplación de obras de arte (Bourdieu 91:40-53).

Esto remite a las condiciones de existencia y muestra que el poder económico es en primer lugar un poder de poner la necesidad económica a distancia. Este poder ha constituido la oposición de lo rentable y de lo gratuito, de lo interesado y de lo desinteresado. Distingue el mundo de la necesidad económica del mundo de la libertad artística. El consumo material o simbólico de la obra de arte constituye así una manifestación suprema de este desinterés y de la falta de necesidad, de una existencia sin urgencias prácticas. Es una forma de distinción que remarca el capital de quien puede consumirlo.

A medida que aumenta la distancia objetiva con respecto a la necesidad, comienza una estilización de la vida, un estilo de vida en que los gustos de la libertad se afirman frente a los gustos de la necesidad y aparecen como naturales y electivos.

La disposición estética es una dimensión de la relación distante y segura con el mundo y con los otros, lo que a su vez supone la seguridad y la distancia objetiva. Pero es también una experiencia distintiva de una posición privilegiada en el espacio social, cuyo valor distintivo se objetiva claramente. Como toda especie de gusto, une y separa; une a todos los que tienen las mismas condiciones de existencia pero distinguiéndolos, separándolos del resto. Esencialmente, el gusto es aquello por lo que se clasifica y por lo que se es clasificado (Bourdieu 91:61).

Los gustos y las preferencias son la afirmación práctica de una diferencia inevitable. No es casual que cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos. En gustos toda determinación es negación y de hecho disgustos para otros. Sobre gustos no se discute, no porque todos estén en la naturaleza o en la esencia del individuo, sino porque cada gusto se siente fundado en la naturaleza, como producto del *habitus*. Lo intolerable para los que creen poseer el gusto legítimo es, por encima de todo, el sacrilegio de reunir aquellos gustos que el buen gusto ordena separar. No existe lucha relacionada con el arte que no tenga también por apuesta la imposición de un arte de vivir, es decir la de transitar de una manera arbitraria de vivir a una manera legítima de existir (Bourdieu 91:63-70).

Los estilos de vida

Así como Bourdieu muestra que los gustos y el consumo cultural contribuyen a una dinámica de la distinción y a una lucha por imponer los gustos culturales de una fracción como legítimos, también buscará mostrar cómo estas relaciones existen en los gustos sociales más cotidianos que conforman lo que el autor define como *estilos de vida*.

El *habitus*, como ya vimos, es una interiorización de las condiciones de existencia y una exteriorización de esas condiciones objetivas interiorizadas, que da como resultado el sentido de la ubicación social, de orientación social de las prácticas. Así, las condiciones homogéneas de existencia producirán *habitus*

similares, generadores de las mismas prácticas objetivamente «enclasables» y de disposiciones «enclasadas». El sistema de «enclasamiento», que es producto de la incorporación de los límites de las posibilidades e imposibilidades de la posición en el espacio social y del principio de prácticas ajustadas a una condición, opera en la transformación de las necesidades en estrategias de represiones, en preferencias y engendra el conjunto de elecciones constitutivas del estilo de vida. De esta forma, la identidad social que se define y se afirma en la diferencia quedará inscrita en los estilos de vida (Bourdieu 91: 287-317).

Para Bourdieu el estilo de vida es una unidad, mientras que el espacio social es un esquema abstracto, un punto de vista sobre el conjunto de los puntos de vista. Los agentes, dentro de su estilo de vida tienen un punto de vista sobre el espacio social que expresa, en general, su voluntad de transformarlo o de conservarlo.

Estos estilos de vida, por tanto, se deben pensar unos contra otros y, al igual que en el campo de la cultura, se da una competencia entre las clases dominantes por estetizar sus estilos de vida e imponerlos como legítimos. Los estilos de vida, como productos sistemáticos de los *habitus*, atraviesan muchos campos pero siempre presentan una homología entre los distintos espacios. El *habitus* se aplica a las más diversas prácticas y presenta siempre una homología con el espacio social debido a que los grandes principios que estructuran el espacio social están siempre presentes en él. Por ejemplo, en materia de consumos, la oposición principal se da entre consumos designados como distinguidos, por su singularidad y los consumos considerados como vulgares, porque son fáciles y comunes, o sea que no «distinguen», pero sí diferencian. En posiciones intermedias encontraremos los consumos pretenciosos, con una discordancia entre la ambición y la posibilidad (que se transformará en todo un estilo de vida, haciendo de ello una virtud). La oposición principal entre el gusto de lujo y el gusto de la necesidad se especifica en todas las opciones existentes, intentando alejarse lo más posible y de forma incesante del gusto de la necesidad o del gusto popular.

Es a través del estilo de vida que se denuncia de inmediato la posición del agente y esto desde la alimentación hasta el uso del tiempo libre y el manejo del cuerpo. Las clases populares sirven siempre de contraste (de manera negativa) en la dialéctica de la pretensión y de la distinción, dialéctica que se encuentra en la base de los incesantes cambios del gusto (Bourdieu 91: 175-190).

Bourdieu muestra cómo las fracciones de las clases dominantes se diferencian fundamentalmente a través de tres estructuras de consumo basadas en tres tipos de gastos: gasto en alimentación, gasto en cultura y gastos de representación. Estas estructuras de consumo configuran así tres estilos de vida con prioridades dadas según las posiciones y trayectorias dentro del espacio social. Los burgueses industriales tenderán a priorizar los gastos alimentación sobre los otros consumos, los que tienen más capital cultural privilegiarán los gastos en cultura, mientras que los ejecutivos y altos profesionales privilegiarán sus gastos de representación. Estas diferencias muestran, más allá de su apariencia obvia, cómo los estilos de vida también son una forma de valorizar la composición del capital propia de cada fracción y de que modo sutilmente, se enfrentan a las demás para imponer su estilo de vida como el más estético, como el estilo legítimo, y de esa forma acrecentar su capital, transformándolo en capital simbólico y reafirmando así su posición en el espacio social.

Continuando con su *modus operandi* de «extremar» las relaciones para captar todas sus implicaciones, Bourdieu muestra cómo el propio cuerpo está relacionado con los estilos de vida por la valorización de determinados rasgos considerados socialmente valiosos y transformados en un verdadero capital corporal. Cada vez más, el cuerpo y la buena presencia son un elemento central para la inclusión o exclusión del mercado de empleo. El manejo del cuerpo es una de las prácticas de distinción más arraigadas en el *habitus* que brotan espontáneamente en cualquier campo en el que se realice la práctica. Las formas de comer y de desplazarse, e inclusive el modo de reír y de llorar, ponen inmediatamente de manifiesto el origen de clase de cada agente.

Debemos considerar así el cuerpo como un producto social, demostrando que todo fenómeno tiene siempre en su génesis relaciones sociales que lo constituyen en oposición a otro elemento. Este postulado de Bourdieu, en el que toda práctica es susceptible de ser explicada por una génesis social, lleva a que a menudo se le acuse de un excesivo determinismo sociológico. Frente a estas acusaciones el autor se defenderá alegando con ironía que el sociólogo que piense que no existe determinismo sociológico, no debería dedicarse a la sociología.

Con esta investigación queda demostrado para el autor que los gustos obedecen a una ley que determina para cada nivel de distribución, lo que le es especial y constituye un lujo inalcanzable para los ocupantes del nivel inferior. De este modo los gustos devienen triviales y comunes debido a la aparición de nuevos consumos más especiales y más distintivos y esto, una vez más, fuera de la intención consciente del agente, ya que se trata de conductas regidas por el *habitus* dentro de los distintos campos del gusto.

Por esta razón los gustos permiten mostrar eficazmente las diferencias sociales sin el menor esfuerzo consciente por parte de los agentes, de una manera compleja y refinada, arbitraria pero legítima. Sin embargo, como el espacio social no es estático, no existen límites claros entre los grupos y hay tantos espacios de preferencias como universos de posibles estéticos, los gustos y los consumos forman parte de la lucha por mantener y recrear los límites entre los grupos y clases. En la realidad, más que de límites entre las clases deberíamos hablar de emplazamientos o plazas que se defienden y conquistan en el campo de lucha constituido por las prácticas, gustos y consumos cotidianos de los agentes.

Para poder construir la totalidad del espacio social de los estilos de vida, de una sociedad dada, sería necesario establecer, para cada fracción de clase, la fórmula generadora del *habitus* que manifiesta en un estilo de vida particular determinados límites de una condición de existencia, y analizar cómo se especifican las disposiciones del *habitus* entre los posibles estilísticos ofrecidos por cada campo: el de la

música, el del deporte, el de la alimentación, del tiempo libre, el del turismo. Superponiendo estos espacios homólogos, se obtendrá una rigurosa representación del espacio de los estilos de vida.

Por último, si bien todas las luchas por la apropiación de los bienes económicos o culturales son inseparablemente luchas simbólicas por la apropiación de los signos de distinción, no debe olvidarse que para que este sistema de distinciones sociales "funcione" es necesario un proceso permanente de violencia simbólica que imponga «las claves» del arbitrario cultural de las fracciones dominantes. Por ejemplo, que sea visto como legítimo por todos que a la clase alta le corresponde jugar al tenis y a las clases populares al fútbol. Esto es lo que da un «sentido» y una «dirección» particulares a las diferenciaciones y a las distinciones en una sociedad concreta. Así, como bien nos advierte el autor sobre las lecturas mecanicistas o sustancialistas de su propuesta, "las diferencias asociadas a posiciones diferentes, sus prácticas, y las maneras de hacerlas, funcionan, en cada sociedad, como un conjunto de fenómenos de una lengua, como un conjunto de trazos distintivos, como un sistema de signos distintivos" (Bourdieu 1996:22), que no pueden ser transferido de una sociedad a otra

Consideraciones finales

Para finalizar, quisiera desarrollar cuatro consideraciones de carácter más bien general y quizás algo aisladas entre sí. En primer lugar, con esta investigación, Bourdieu muestra que, dentro de ciertos límites, las estructuras simbólicas tienen un poder absolutamente extraordinario de constitución de lo social, que ha sido subestimado por las corrientes objetivistas y transformadas en un universalismo egocéntrico por las corrientes subjetivistas.

Como es obvio, estas luchas no se dan solamente en los ámbitos de los gustos culturales y de los estilos de vida. Se dan también en las acciones de representación, individuales o colectivas, destinadas a hacer ver y valer ciertos puntos de vista de la realidad, y sobre todo en las luchas políticas para tratar de imponer las categorías de percepción y clasificación del mundo

de uno, o varios grupos, como el principio de visión y división legítimo para toda la sociedad.

En segundo lugar, siempre que se intenta hacer un análisis del pensamiento de Bourdieu, se corre el peligro de caer en un planteo codificado, estructurando demasiado los conceptos, quitándole lo que tienen justamente de *modus operandi*. Como el propio Bourdieu lo recomienda: «El uso que hago de conceptos abiertos es una forma de romper con el positivismo (y otros «ismos»), es un modo permanente de recordar que los conceptos sólo pueden tener una definición sistemática y que son creados para emplearse en una forma sistemáticamente empírica. Nociones como las de *habitus*, *campo* y *capital* pueden ser definidas, pero sólo dentro del sistema teórico que ellas constituyen; jamás en forma aislada.» (Bourdieu 96:63) De cierta manera, este es el error que se comete cuando se ve en la teoría del autor sólo una sociología de la reproducción social. Sin duda, es una sociología que muestra la capacidad de reproducción del sistema de dominación de la sociedad francesa, pero esto no es un problema de la teoría, sino de la sociedad francesa, que la teoría ayuda a descubrir. En otros contextos, puede ayudar a descubrir otras formas de estructuración de las relaciones sociales.

En tercer lugar, los datos y las referencias de la investigación son de la sociedad francesa de los 60, por tanto imposibles de extrapolar a los contenidos de los gustos, las estéticas y los estilos de vida, de la América Latina de los 90. La estructura conceptual y el método relacional de *La distinción* constituye un aporte sustancial para pensar las sociedades latinoamericanas de hoy. Las consideraciones críticas que caben a esta investigación, 30 años después de realizada, son relativas a las profundas modificaciones que se han producido en el espacio social. Hoy ya no existen sólo tres grandes clases (posiciones). Sobre todo, la clase dominante y sus fracciones han cambiado y el campo del poder se estructura en base a otra relación de posiciones. Esto se pone de relieve en los valores de la estética legítima que se estudian en *La distinción* ya que las fracciones dominantes hoy no se identifican tan

claramente con los valores ascéticos, preocupadas por distinguirse de la aristocracia palaciega, tal como aconteció en sus orígenes. Hoy, las clases dominantes son más ostentosas, poco austeras y proclives a los gastos majestuosos. Esto modifica profundamente los pilares en que se basan la estética, el arte, los gustos. Sin embargo, queda intacta la existencia del proceso social de diferenciación, por lo que es necesario reinterpretar las conexiones de la nueva «estética legítima» con las modificaciones de los procesos sociales.

Por último, la pluralidad de clases y de fracciones del espacio social y la importancia y sutileza con la cual se pueden apreciar los conflictos simbólicos por las clasificaciones del mundo social, da a la propuesta de investigación de Bourdieu un carácter abierto para reconstruir esta realidad social que parece existir dos veces: en las «cosas» y en las «mentes», en los campos y en los *habitus*, dentro y fuera de los agentes (Bourdieu 95:88). Desde esta perspectiva el autor contribuye a construir una sociología de la *percepción del mundo*, es decir, una sociología de la *construcción de las visiones del mundo*, que apunta a entender mejor la *construcción del mundo*.

Bibliografía

- ANSART, P. *Las sociologías contemporáneas*, Ed. Amorrortu, 1992, Buenos Aires.
- BOURDIEU, P. *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Ed. Taurus Humanidades, 1991, Madrid.
- et. WACQUANT, L. «*Respuestas. Para una antología reflexiva*», Ed. Grijalbo, 1995, México.
- *Cosas dichas*, Ed. Gedisa, 1993, Barcelona.
- *O Poder Simbólico*, Ed. Bertrand Brasil, 1989, Rio de Janeiro.
- *La Noblesse D'État*, Ed. Minuit, 1989, Paris.
- *Razões Práticas: Sobre a teoria da Ação*, Ed. Papirus, 1996, Campinas.
- «¿Qué es lo que hace una clase social?: Acerca de la existencia teórica y práctica de los grupos» en *REVISTA PARAGUAYA DE SOCIOLOGÍA*, N° 89, enero/abril de 1994, Asunción.
- ORTIZ, R. «Pierre Bourdieu» en *Grandes cientistas sociales*, N° 39, Ed. Atica, 1985 São Paulo.
- VISCARDI, N. «La sociología de Pierre Bourdieu», Monografía (Maestrado en Sociología), Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal do Rio Grande do sul, 1997. ♦

